

La insólita aventura de Ernesto Giménez Caballero

The unusual adventure of Ernesto Giménez Caballero

Enrique Selva Roca de Togores
enrique.selva@gmail.com

Resumen: Intelectual excepcionalmente dotado para la literatura y el activismo cultural, Ernesto Giménez Caballero (1899-1988) vivió con una intensidad poco común las convulsiones ideológicas de su tiempo. Su formación estuvo polarizada entre el europeísmo de Ortega y el iberismo paradójico de Unamuno. Destacado universitario, colaborador del Centro de Estudios Históricos, lector de español en la Universidad de Estrasburgo... el mundo de la literatura se le abrió súbitamente a raíz de su participación en la guerra de Marruecos –tras el desastre de Annual– y la publicación de su primer libro: *Notas marruecas de un soldado*. Inserto en las coordenadas del nacionalismo liberal y regeneracionista y de fuerte tono crítico –especialmente con la actuación del ejército–, le ocasionó su procesamiento por la jurisdicción militar. Pronto entró en el círculo intelectual orteguiano como colaborador de *El Sol* y la *Revista de Occidente*, y de allí saltó a la literatura de vanguardia, donde alcanzaría un perfil inconfundible.

El estudio de Giménez Caballero, Gecé (el seudónimo con el que firmó sus críticas en *El Sol* y sus «Carteles literarios»), se convierte en imprescindible porque arroja mucha luz sobre dos realidades que protagonizó en los años veinte y treinta. La primera fue el desarrollo de la vanguardia literaria y artística en España, desde su condición de creador (obras como *Yo, inspector de alcantarillas* o *Julepe de menta*) y también como fundador y director de una empresa cultural irreplicable, *La Gaceta Literaria* (1927-1932), y en su órbita, una pluralidad de iniciativas en el campo de la cinematografía, de la nueva arquitectura, etc. La segunda –que guarda conexión con la anterior– consistió en su papel en los orígenes del fascismo español, como precursor y como ideólogo. En Giménez Caballero su condición de escritor vino acompañada de una propensión irreprimible a intervenir en la vida pública, incluso en el juego político. Desde esa perspectiva, sus conatos de intervención iluminan bien las dificultades de la implantación del movimiento fascista en España, desde sus primeras propuestas intelectuales de 1928-1929 –cuando cayó rendido ante el fascismo mussoliniano– hasta el momento en que publica sus textos fascistas más destacados: *Genio de España*, *La Nueva Catolicidad* y *Arte y Estado*.

Aquí trazamos su trayectoria intelectual y política –concebida como una aventura en muchos aspectos insólita en el panorama español– hasta los años de la guerra civil, cuando colaboró en la Unificación de Falange con el tradicionalismo (1937) y se dejó llevar por el espejismo de reemprender –al amparo de Franco– su frustrada carrera política. Pero con el franquismo su obra literaria perdió mucho nervio, derivando, en buena medida, hacia el ámbito de lo propagandístico; Giménez Caballero quedó cada vez más postergado en la sociedad cultural y sus aspiraciones políticas no tardaron en verse defraudadas.

Palabras clave: guerra civil, Gimenez Caballero, fascismo, vanguardias literarias,

Abstract: An exceptionally gifted intellectual for literature and cultural organization and agitation, Ernesto Giménez Caballero (1899-1988) lived with an unusual intensity the ideological convulsions of his time. Its formation was polarized between the Europeanism of Ortega and the paradoxical iberismo of Unamuno. Outstanding university student, collaborator of the Center of Historical Studies, reader of Spanish at the University of Strasbourg ... the world of literature suddenly opened up as a result of his participation in the war in Morocco after the disaster of Annual and the publication of his first book: Moroccan notes of a soldier. Inserted in the coordinates of the liberal regenerationist nationalism and of strong critical tone -especially with the performance of the army-, it caused its processing by the military jurisdiction. He soon entered the Ortegian intellectual circle as a collaborator of *El Sol* and the *Revista de Occidente*; and from there it would jump to the vanguard literature, where it reached its most notorious profile.

The study of Giménez Caballero, Gecé (the pseudonym with which he signed his book reviews of *El Sol* and his literary posters), becomes mandatory because it sheds much light on two realities that he starred in the twenties and thirties. The first was the development of the literary and artistic avant-garde in Spain, from his condition as creator (works such as *Yo, sewer inspector* or *Julepe de Menta*) and also as founder and director of an unrepeatable cultural enterprise, *La Gaceta Literaria* (1927- 1932), and in its orbit a plurality of initiatives in the field of cinematography, new architecture, etc. The second, which is connected to the previous one, consisted of its role in the origins of Spanish fascism, as a precursor and as an ideologist. In Giménez Caballero his status as a writer was accompanied by an irrepressible propensity to intervene in public life, even in the political game. From this point of view, his attempts at intervention illuminate well the difficulties of the implantation of the fascist movement in Spain, from his first intellectual proposals of 1928-1929 - when he fell before Mussolini fascism - until the moment he published his most outstanding fascist texts: *Genius of Spain*, *The New Catholicity* and *Art and State*.

Here we trace his intellectual and political trajectory - conceived as an adventure in many aspects unusual in the Spanish landscape - until the years of the civil war, when he collaborated in the Unification of the Falange with traditionalism (1937) and let himself be carried away by the illusion of to resume - under Franco's protection - his political career. But with the Franco regime, his literary work lost a lot of nerve, deriving, to a large extent, in the field of propaganda;

Gimenez Caballero was increasingly postponed in the cultural society and his political aspirations were soon defrauded.

Keywords: civil war, Gimenez Caballero, fascism, literary vanguards,

Para citar este artículo: Enrique SELVA: “La insólita aventura de Ernesto Giménez Caballero”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 196-214

Recibido: 01/07/2017

Aprobado: 15/02/2018

La insólita aventura de Ernesto Giménez Caballero

Enrique Selva Roca de Togores

Se han cumplido treinta años de la muerte de Ernesto Giménez Caballero y todavía resulta difícil hacer una valoración ecuánime de su figura. La historia y la crítica literaria han sido –hasta no hace mucho y con contadas excepciones– poco generosas con él. Si por algo destacó Giménez Caballero en los años veinte y treinta fue por su participación en un doble proceso: el desarrollo de la vanguardia literaria y artística, como creador y como activista cultural, y los orígenes del fascismo en España, en su condición de precursor e ideólogo. La crítica ha acabado por reconocer la relevancia de su intervención en ambos procesos, pero con frecuencia ha incurrido en dos tentaciones distorsionadoras.

La primera, mediante una compartimentación excesiva –y por lo tanto artificiosa– de los múltiples proyectos, iniciativas y actuaciones que desplegó un intelectual tan polifacético. Como si todos ellos no hubiesen brotado del mismo sujeto, de idéntico ímpetu, por mucho que sus resultados nos puedan parecer, legítimamente, en cada caso, acreedores de elogio o de reprobación. Y así, cuando se admite sin reservas su importancia como impulsor de *La Gaceta Literaria* (una de las más ambiciosas empresas culturales de su tiempo), es demasiadas veces a costa de menoscabar el valor de su obra creativa, tratada como una expresión meramente circunstancial y mimética de experiencias vanguardistas foráneas y por lo mismo condenada a una rápida, implacable obsolescencia.

El fácil recurso a la trivialización ha hecho el resto. En ocasiones, extendiendo a la totalidad de su obra las limitaciones más evidentes de su producción última, la más averiada, la posterior a la guerra civil. Otras, proyectando sobre el conjunto de sus iniciativas la repulsa política que suscita por haber sido el más entusiasta abanderado del fascismo en España, cuando no algo peor: un contumaz defensor de la victoria de 1939 y adulator del general que la encabezó. No pocas veces se le despacha reduciéndolo a su condición –por otra parte cierta– de personaje excesivo, estrafalario o histriónico; como una excepción pintoresca, en suma, de nuestra historia cultural. Irónicamente, las anécdotas que generó su leyenda –alentada por el interesado hasta el final de su vida¹–, si contribuyeron a fijar ese estereotipo, dificultaron también que el olvido acabase por arrasarlo, como ha ocurrido con tantos otros prosistas de su generación (y por des-



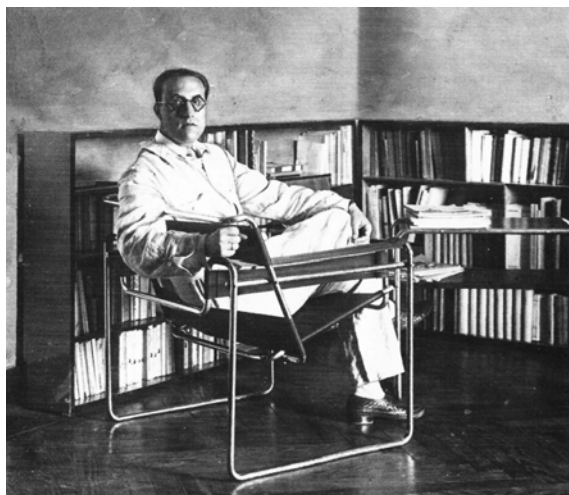
¹ La autocreación del personaje culminará en sus *Memorias de un dictador* (Barcelona, Planeta, 1979), un ejercicio de exhibicionismo difícilmente superable.

contado, con muchos estimables escritores que se alinearon en el bando nacionalista durante la guerra civil).

En este balance de urgencia me atenderé a la única cesura que considero objetiva, la temporal, con la guerra civil como bisagra. Porque a partir de entonces la cotización de su obra literaria sufrió una alarmante caída y los destellos de genialidad —que sin duda poseyó— difícilmente podían encontrar cauce de expresión en un medio cultural tan encorsetado como el del franquismo. Había desaparecido —y él contribuyó con todas sus fuerzas a ese final— el mundo donde su ebullición creativa era posible. Y en esa circunstancia, por encima de cualquier otra, pareció residir la clave de la inmolación de un intelectual que había saltado al ruedo patrio armado de una infrecuente combinación de talentos.

Del nacionalismo regeneracionista a la vanguardia

Ernesto Giménez Caballero nace en el corazón del Madrid castizo en 1899, en plena resaca de la liquidación de los restos de un imperio donde, en tiempos, no se ponía el sol. Lo hace en una familia sin la menor tradición intelectual. Su padre fue todo un ejemplo del *self made man*: en unas décadas pasó de modestísimo dependiente del comercio a empresario de artes gráficas, con una próspera imprenta en Madrid (donde se imprimiría *La Gaceta Literaria*) y una fábrica de papel en Cegama (Guipúzcoa), integrada en La Papelera Española, la empresa dirigida por Urgoiti que llegó a controlar el negocio papelero en condiciones casi monopolísticas. Un tránsito tan rápido desde la estrechez al desahogo económico debió marcar con fuerza al joven Ernesto: criado en la entraña popular madrileña, al incorporarse al mundo de la alta cultura era el vástago mayor de una familia de la burguesía acomodada. Muy gráficamente, Ramón Gómez de la Serna —con quien guarda más de un parentesco su figura— se refirió a ese «contraste suyo de gitanería madrileña con el chispazo de Europa»,² que daría a su literatura, junto a la cita erudita, una tonalidad de desgarramiento achulapado.



Al margen de sus acusados rasgos personales, Giménez Caballero no dejó de ser un producto bastante típico de la renovación universitaria de su época. Su formación corrió pareja con

² R[amón] G[ÓMEZ] DE LA S[ERNA]: «Los toros, las castañuelas y la Virgen», por Ernesto Giménez Caballero», *Revista de Occidente*, LII (octubre de 1927), pp. 129-133.

la de otros intelectuales en ciernes revelados al despuntar la década de los veinte: estudios de letras en la Universidad Central madrileña (con profesores de primer orden como Américo Castro, Ortega y Gasset, Asín Palacios, García Morente, Besteiro...) complementados con la frecuentación del Ateneo; participación en las tareas de la escuela histórico-filológica del Centro de Estudios Históricos, bajo el magisterio de Menéndez Pidal; lectorados de español en universidades europeas...

Cuando todo hacía pensar en la profesión académica como su destino más lógico, la guerra de Marruecos, en la que se vio obligado a intervenir como soldado de cuota, le abriría súbitamente las puertas de la literatura. La movilización que siguió al desastre de Annual en julio de 1921 partió en dos su lectorado en Estrasburgo. Y de las áridas tierras rifeñas volvería con un buen puñado de anotaciones a las que puso el cadalsiano título de *Notas marruecas de un soldado*. Antes, apenas si había publicado breves escauceos literarios en la revista estudiantil *Filosofía y Letras*, dirigida, de hecho, por Pedro Sainz Rodríguez, sin que su significación conservadora –inspirada por el ideario menendezpelayista y germanófila ante la Gran Guerra– constituyese obstáculo alguno para que el joven Ernesto militase, al mismo tiempo, en el Grupo de Estudiantes Socialistas.

Inscritas en un nacionalismo crítico y regeneracionista, las *Notas marruecas* salen a comienzos de 1923. El fuerte tono crítico del libro –sobre todo a la actuación militar y al papel de comparsa de España en el juego de las grandes potencias– motivó su recogida y el procesamiento de su autor por la jurisdicción militar, acusado de insultos al ejército e incitación a la sedición. Con independencia de sus méritos literarios, ciertos, no parece ajena a aquella circunstancia la favorable acogida que le dispensaron las primeras firmas del país: Unamuno (con quien mantendrá una nutrida correspondencia),³ D'Ors, Gómez de Baquero, Castrovido... O el líder socialista Indalecio Prieto, empeñado por entonces en una tenaz campaña parlamentaria por las responsabilidades, para quien se trataba del «único libro que nos ha emocionado» del infortunado conflicto, calificando a su autor como «dominador del léxico, observador perspicaz y espíritu hidalgo».⁴ Mainer ha señalado la sintonía ideológica del libro con autores como Costa y Ganivet; como en ellos, su pensamiento se debatirá en «esa contradicción entre el imperialismo expansivo y el regeneracionismo sin ambiciones».⁵ Sin embargo, en la «Nota final» –fecha en Madrid en diciembre de 1922–, toda ambivalencia se disipa. Su enérgico llamamiento a la continuidad de la unión lograda por la empresa guerrera como antídoto frente al peligro de un particularismo disgregador, parece responder más a las advertencias de Ortega en *España invertida*.

³ La he publicado en «Epistolario de Ernesto Giménez Caballero a Miguel de Unamuno», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXXIX (2013), págs. 263-282.

⁴ Indalecio PRIETO: «Leyendo un libro. "Notas marruecas de un soldado"», *El Socialista*, 15 de marzo de 1923.

⁵ José-Carlos MAINER: *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra, 1981, p. 246.

brada que a la experiencia vital de la guerra. «Unámonos otra vez en algo»,⁶ escribirá sin más concreción, por mucho que con posterioridad se esforzase en establecer un paralelismo entre su experiencia y la de algunos intelectuales europeos a quienes la Gran Guerra habría de abocarlos al fascismo.

No fue pequeña su sorpresa cuando, poco después del pronunciamiento del general Primo de Rivera, fue absuelto en consejo de guerra, con el tiempo justo para reintegrarse a un nuevo curso en Estrasburgo como ayudante del romanista Kohler. Desde la ciudad alsaciana empezó a colaborar en el diario *La Libertad* con artículos de tema europeo, tras hacer rápidas incursiones por países aledaños como Holanda o Suiza. «Tienen el mismo viso regeneracionista de sus *Notas marruecas*».⁷ Y parecido sesgo debió informar el manuscrito de su segundo libro, *El fermento*, que dejó inédito y perdió en la guerra civil. Ese conjunto de escritos deja traslucir su inquieta curiosidad por conocer otras realidades culturales, una preocupación por el atraso del país, resaltado por el inevitable contraste con la Europa más avanzada, y, a la vez, la amarga confesión de la inutilidad de pretender importar elementos más «modernos» por resultar inasimilables a las peculiaridades de la vida española.

A partir de su regreso definitivo a Madrid y su matrimonio con la toscana Edith Sironi (hermana del cónsul italiano en Estrasburgo –fascista entusiasta– y vecina en la infancia de Curzio Malaparte), su escritura dará un giro radical. La vinculación empresarial de su padre con Urgoiti facilitó su entrada en el círculo intelectual de Ortega, con tribunas tan prestigiosas como *El Sol* y *Revista de Occidente*. Pero será, sobre todo, la aparición de *Literaturas europeas de vanguardia*, en 1925, y el encuentro con su autor, el ultraísta Guillermo de Torre, quien acabe por lanzarlo por la vía de la vanguardia, dentro de la cual alcanzará su perfil inconfundible, siendo así que en sus inicios no había pasado de ser un fruto epigonal de la literatura del 98: Unamuno, Azorín y, sobre todo, Baroja, habían sido hasta el momento sus ídolos literarios. En ese tránsito, De Torre será su «mentor vanguardista», aunque la asimilación de los nuevos *ismos* se produjese –según recordaría en la vejez– «siempre con una gran reticencia»⁸ y un sustrato nacionalista nunca dejase de alentar en su pensamiento.

Su incorporación a *El Sol* en 1924 lo convirtió en uno de los periodistas culturales más inquietos y originales del momento, a través de la simultaneidad de dos fórmulas: la «Revista de libros» y las «Visitas literarias». En sus reseñas críticas firmó con el seudónimo Gecé (un acrónimo de sus iniciales silabeadas) y se permitió los mayores atrevimientos expresivos, en una escritura desenfadada y desgarrada que busca sorprender al lector. Pero sobre todo, como señaló Nigel Dennis, con una «tendencia hacia la esquematización extremada», fuente de sus

⁶ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Notas marruecas de un soldado*, Madrid, Imp. E. Giménez, 1923, p. 252. Cuando se reeditó sesenta años después, lo sustituiría significativamente por un enfático «¡Unámonos en haz!» (Barcelona, Planeta, 1983, p. 187).

⁷ Miguel Ángel HERNANDO; *Prosa vanguardista en la generación del 27 (Gecé y «La Gaceta Literaria»)*, Madrid, Prensa Española, 1975, p. 131.

⁸ «Giménez Caballero entre la vanguardia y la tradición. Su autobiografía intelectual a través de una entrevista», *Anthropos*, 84 (mayo de 1988), p. 23.

«innovaciones más radicales», que desembocará en su cartelismo. Las «Visitas literarias» las concibió como un género híbrido entre la entrevista y el reportaje a personajes, instituciones o hechos noticiosos, donde también encontraron cabida no pocos de aquellos atrevimientos. Y sin apartarse de la preocupación por la realidad cultural española, vinieron a constituir «el puente entre el escritor principiante de *Notas marruecas de un soldado* y el fundador de *La Gaceta Literaria*».⁹

La Gaceta Literaria fue la empresa capital de su vida. Se gestó a través de una intensa colaboración entre Gecé y Guillermo de Torre, el crítico mejor informado del panorama vanguardista europeo.¹⁰ Aparecida el 1 de enero de 1927, fue la cita obligada de las firmas de la «nueva literatura», la posteriormente conocida como «generación del 27», junto a las generaciones anteriores, en un propósito sostenido de «nacionalizar» la vanguardia. Atenta a su labor informativa e incitadora, como las revistas que le sirvieron de modelo (*Les Nouvelles Littéraires*, *La Fiera Letteraria* o *Die Literarische Welt*), abarcó la totalidad del panorama literario y artístico, abasteció de novedades a una sociedad cultural que se desperezaba y sacudió sus inquietudes con inteligencia y apertura de criterio. Todo ello sin dejar de lado ese espacio de contornos difusos donde la cultura interfiere con la política, hasta donde lo permitía una dictadura como la existente en el país. Acogió la expresión de la pluralidad lingüístico-cultural de la península (con especial atención a la cultura catalana y portuguesa) en el marco de un vago proyecto de unidad ibérica, una pretensión –que resultó fallida– de hegemonía cultural con respecto a la América hispana y de expansionismo dirigido hacia las comunidades sefardíes balcánicas. Esta combinación de revista cosmopolita, abierta a las últimas novedades, y su trasfondo nacionalista, quizá explique la aportación económica, más bien parca, de sus iniciales mecenas (hasta que en 1929 pasaría a depender financieramente de la poderosa Compañía Ibero-Americana de Publicaciones): Urgoiti, Marañón, el pedagogo Luzuriaga y los diplomáticos Lequerica, Sangróniz y Ramón de Basterra –éste último también ensayista y poeta–, por citar a los más destacados.¹¹

Su abrumadora dedicación a las tareas organizativas y críticas frenó por un tiempo su obra creativa, pero no tardó ésta en desbordarse a un ritmo vertiginoso. En 1927, además de *Carteles*, publica *Los toros, las castañuelas y la Virgen*, libro de transición, donde apunta ya su característica «ausencia de melindres para barajar temas y mezclar personas, presentándolas bajo aspectos antisolemnes».¹² *Yo, inspector de alcantarillas* (1928) es un conjunto de relatos

⁹ Nigel DENNIS: «El inquieto (e inquietante) Ernesto Giménez Caballero», prólogo a *Visitas literarias de España (1925-1928)*, Valencia, Pre-Textos, 1995, pp. 38 y 43-44.

¹⁰ Detalles de esa gestación pueden seguirse en Carlos GARCÍA y María Paz SANZ ÁLVAREZ (eds.): *Gacetas y meridianos. Correspondencia de Ernesto Giménez Caballero y Guillermo de Torre (1925-1968)*, Frankfurt am Main/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 2012.

¹¹ Miguel Ángel HERNANDO: «*La Gaceta Literaria*» (1927-1932). *Biografía y valoración*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1974, p. 17; Enrique SELVA: *Ernesto Giménez Caballero entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-Textos, 2000, pp. 82-83.

¹² Guillermo de TORRE: «La trayectoria de Giménez Caballero», *Síntesis*, 20 (enero 1929), p. 145.

introspectivos que inauguran la narrativa surrealista en España; y *Hércules jugando a los dados*, un «ensayo de sistematización crítica y hasta de interpretación metafísica del deporte»¹³ donde está ya presente una exaltación del cesarismo contemporáneo. *Julepe de menta* (1929) es una colección de prosas –y su «Oda al bidet»– de muy varios registros, donde quizá se encuentren algunas de las mejores que salieron de su pluma. En *Círculo imperial* (1929) recogió sus crónicas viajeras del año anterior, con agudas miradas –artísticas y políticas– sobre la Europa del final de los veinte. Y el libro misceláneo *Trabalenguas sobre España* (1931), escrito en cinco lenguas y con el que cierra su ciclo propiamente vanguardista.¹⁴

Pero la actividad de Gecé desborda su condición de escritor para invadir el campo de la plástica con sus «Carteles literarios»: una modalidad de crítica literaria visual, con utilización de la técnica del *collage* de resonancias futuristas y dadaístas, presentada como alternativa a la crítica tradicional. A la veintena que integran la sección final de su libro *Carteles* –dedicado «A la era industrial del mundo. Nada menos»¹⁵– debe añadirse la serie expuesta en las Galerías Dalmau, de Barcelona. Hace también su incursión en el campo de la cinematografía, como patrocinador del Cineclub Español y como realizador de dos cortometrajes en 1930: «Esencia de verbena» y «Noticiario del Cineclub».¹⁶ En éste último podemos ver en amistosa camaradería a integrantes de tres generaciones de intelectuales a quienes las inmediatas circunstancias políticas separarían de forma irreparable: César M. Arconada, Eugenio Montes, Alberti, Ledesma Ramos, José María Alfaro, Juan Piqueras, Sainz Rodríguez, Salazar y Chapela, Agustín Espinosa, Pérez Ferrero o José Bergamín, por atenernos sólo a los de su entorno generacional. Y por último, como promotor de un establecimiento comercial, La Galería, orientado a difundir la arquitectura racionalista, el mueble metálico y la artesanía popular.

En el temprano ensayo que venimos citando, Guillermo de Torre colocó a un Gecé en continua metamorfosis bajo el signo de Proteo: su figura «es –sin disputa– la más rica, proteica y renovadora de todas las que pueblan el ámbito de la joven literatura española». Las trayectorias descritas por el escritor, con su «avidez tragadistancias» y su inquietud insaciable, al cambiar de territorio en cada nuevo libro, obligaban al crítico y al espectador «a efectuar una constante modificación del punto de enfoque o de la abertura del diafragma».¹⁷ Con más distancia temporal, el mismo crítico lo incluiría entre los continuadores del ultraísmo (entendido más como un fenómeno abarcador de los diversos *ismos* europeos que como una escuela cerrada), donde su obra vendría a ser «una especie de extensión periodística, de manufactura en gran escala del inicial y minoritario espíritu vanguardista».¹⁸

¹³ *Ibidem*, p. 153.

¹⁴ Andrew A. ANDERSON: *Ernesto Giménez Caballero. The Vanguard Years (1921-1931)*, Newark, Juan de la Cuesta, 2011.

¹⁵ GECÉ: *Carteles*, Madrid, Espasa-Calpe, 1927.

¹⁶ Véase el estudio imprescindible de Román GUBERN: *Proyector de luna. La generación del 27 y el cine*, Barcelona, Anagrama, 1999.

¹⁷ TORRE: «La trayectoria...», p. 144.

¹⁸ Guillermo de TORRE: *Historia de las literaturas de vanguardia*, 2ª ed., Madrid, Guadarrama, 1974, vol. II, p. 248.

Si queremos extraer el núcleo cohesionador, por encima de las múltiples facetas en que se expresó, nada como acudir a su conferencia-ensayo de 1928 titulada «Eoántropo», una travesía andanada contra las tesis de Ortega publicada en las páginas de su propia revista. El ensayo se singulariza por «llevar al interior de la *Revista de Occidente* los ecos de un debate contra el modelo formalista dominante en ella»; es decir, por afirmar una línea vitalista e irracionalista, que trataría de volver a emparentar la vanguardia con el futurismo, en agudo contraste con el «vanguardismo racionalista, distante y negador de sí mismo» auspiciado por la revista orteguiana.¹⁹ Para cifrar el signo de la novísima producción artística –afirmaba Gecé– no se debe hablar «de una cosa deshumana, ni prehumana, ni inhumana, ni simplemente humana. Sino *eohumana*. La *eohumanización del arte*. Tal juzgo el verdadero postulado de la más avanzada estética: generación de un hombre auroral».²⁰

La seducción fascista

De la vanguardia futurista –de Marinetti en particular, a quien recibirá con todos los honores en su visita a España a comienzos de 1928²¹– extrajo notas que pesarán en su asimilación inicial del fascismo: la fascinación de la ciudad moderna, transformada por la técnica y la industria, con el espectáculo de las masas, de la velocidad como símbolo de la modernidad mecánica, el antitradicionalismo (que en Gecé cohabitará pronto con la tendencia inversa), la exaltación de la violencia o un concepto aristocratizante y antiburgués de la sociedad y su organización, son, entre otros, ingredientes del futurismo que preparan la visión del mundo fascista. El futurismo marinettiano y la utilización sesgada de Nietzsche son el cauce a través del que discurre esta evolución de Gecé dentro de la vanguardia; pero un salto cualitativo se producirá cuando en 1928, de la mano de Curzio Malaparte y conocedor de la Italia de Mussolini, a la defensa de los regímenes autoritarios y de las minorías que «disciplinan» a las masas, se unan contenidos populistas y la valoración de lo «campesino y elemental», en el marco de una revolución nacional superadora de los esquemas del siglo XIX. Esa tensión entre la más estridente modernidad y la tradición, se resolverá con una adhesión absoluta al fascismo presentada como una *conversión*, donde Malaparte («mi Virgilio en esta visita italiana») habría acompañado su particular camino de Damasco. Con tonos delirantes y notas freudianas (las mismas que había utilizado para componer los relatos de *Yo, inspector de alcantarillas*), ofreció esta arrebatada imagen en la etapa italiana de *Círculo imperial*:

... en Roma, a las pocas horas de caer en Roma... ¿qué cosa me pasó? No sé. Sólo recuerdo que girovagué alucinado por calles y jardines, y cielos, y árboles, y palacios, y acen-

¹⁹ Andrés SORIA OLMEDO: *Vanguardismo y crítica literaria en España (1910-1930)*, Madrid, Istmo, 1988, p. 187.

²⁰ E. GIMÉNEZ CABALLERO: «Eoántropo. El hombre auroral del arte nuevo», *Revista de Occidente*, LVII (marzo de 1928), p. 314.

²¹ «Marinetti en España», *La Gaceta Literaria*, 28 (15 de febrero de 1928), p. 3.

tos de aquella vida. Y que de pronto me encontré abrazado a Roma con ansia incontenible y desarticulada de balbucear tenuemente: madre.

Roma, a los pocos días, ya fue todo para mí.

Roma era el Madrid cesáreo e imperial que Madrid no sería nunca.

Roma era ese firmamento cálido, azul, de un azul sexual, embriagador, azul y dorado que yo no había visto en parte alguna de España –y que era España, sin embargo– y que me protegía como una mano regia.

Era la matriz de una Castilla mía, depurada, antigua, eterna, inajenable.

Roma era –¡qué impresión descubrir eso, sencillamente!– mi lengua, el manantial de mi habla, espuma y cristal, originario en el que yo ahora zahondaba mi espíritu como en un Jordán beatífico, saturándome de santidad, de *período de orígenes*, de ternura agradecida.²²

Su agudeza se puso a prueba cuando percibió en la Roma fascista un «Olor a mundo antiguo, medieval y nuevo». Allí encontraría nuestro personaje el terreno donde recomponer su coherencia ideológica. Desde sus primeros pasos como escritor se había visto atrapado en un nudo de contradicciones: la difícil compaginación de tradición y modernidad; la tensión entre el europeísmo y el casticismo como soluciones a la decadencia nacional; y el sentimiento de enajenación experimentado como integrante de la minoría intelectual respecto del pueblo. Tres contradicciones rastreables en las corrientes ideológicas del primer tercio del siglo XX, que en Gecé llegan a su punto de máxima agudeza hasta hacer crisis en esta visita a Italia. El alucinado texto transcrito viene a constituirse, así, en prolegómeno para una nueva profesión de fe, pues cuando –como confiesa a continuación– el fenómeno fascista «irrumpió en mi conciencia, a posteriori de mi reconocimiento entrañable de Roma, me vi perdido. Tenía que admitirlo *acriticamente*». Y desde la nueva certeza, «todo un pasado juvenil, envenenado de exotismos y torceduras, se me desvanecía como una veste de humo».²³

Su percepción inicial del fascismo resaltó su carácter revolucionario, juvenil y popular (a fuerza de antiliberal y antidemocrático), sin que acertara todavía a discernir cuanto tenía de fenómeno exclusivamente italiano –y para Italia– y de respuesta universal a la crisis del liberalismo en la era de la incorporación de las masas a la vida política. El paso siguiente lo dio con la «Carta a un compañero de la Joven España», prólogo a su traducción de textos de Curzio Malaparte, a la que tituló, con un préstamo de Unamuno, *En torno al casticismo de Italia*. Publicada simultáneamente en *La Gaceta Literaria* en febrero de 1929, es el primer manifiesto intelectual del fascismo hispano: la invitación a formar en un nacionalismo de nuevo cuño valiéndose del paralelismo entre la Italia prefascista y la España del momento. Su argumentación partía de dos ejes afrontados por Malaparte en su vertiente italiana: el sentido de «rebelión contra la modernidad», contra la Europa nórdica y protestante, ofrecido por ambas naciones –y por Rusia– en los últimos siglos; y la comparación del *Risorgimento* con el despertar nacionalista inserto en la vida intelectual española desde la crisis finisecular:

²² E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Circuito imperial*, Madrid, Cuadernos de La Gaceta Literaria, 1929, pp. 48-49.

²³ *Ibidem*.

Sustituyamos nombres y veremos que frente a Rajna o D'Ovidio, hay un Menéndez Pidal, creador de nuestra *épica nacionalista*; frente a Croce o Missiroli, hay un Ortega, creador de nuestra *Idea nazionale*; un D'Ors, amante de la Unidad; frente a D'Annunzio, Marinetti y Bontempelli, un Gómez de la Serna, creador del sentido latino y modernísimo de España, «stracittadino» y «strapaesano» a un tiempo; frente a Pirandello, un Baroja, un «Azorín», regionalistas como punto de partida en su obra y elevadores del conocimiento nacional de una tierra, creadores de anchos espejos; frente a Gentile, un Luzuriaga, en posibilidad de experimentos enérgicos, de instrucción...

Y sobre todos ellos Miguel de Unamuno, por haberse anticipado a Malaparte al señalar – aunque con vacilaciones – como vía de conducta el antieuropeísmo constitutivo de España. Ni la corriente *cosmopolita* de Moscú ni la *casticista* de Roma «nos arrancarán nuestro yo. Sino que lo fortificarán, lo revelarán», escribe Gecé con ecos del pensador vasco. El reinado de los Reyes católicos constituye el vértice de nuestra experiencia histórica, con su emblema del yugo y las flechas, cuando un manojo de tendencias disgregadoras se trabó en un «haz». Y ante la deserción de las figuras intelectuales mayores –intercambiables con las italianas–, la convocatoria a la juventud intelectual, a su generación, para actuar como avanzadilla de la «enorme misión» del resurgimiento hispano.²⁴

Su decantación política fue un caso temprano en la evolución del esteticismo al compromiso político del artista en que se vio inmersa la joven *intelligentsia* de la época. En ese tránsito había que declarar liquidada la vigencia del vanguardismo al modo como se había entendido hasta entonces. Con todo, fue la llegada de la República quien dio la puntilla a *La Gaceta Literaria* hasta convertirla, en su tramo final, en *El Robinsón literario de España*. Con un empuje de humor amargo que hace suya la angustia desolada de Larra, bajo esa rúbrica escribió en solitario seis de las últimas entregas de su revista, un alarde grafománico de periodismo total que acertó a definir como «Una *Summa literaria* hecha con cante jondo».²⁵

Los que hayan observado –escribirá en *Genio de España*– mi vida literaria o espiritual de estos últimos tiempos saben [...] que mi ánimo se levanta hoy del yermo y soledad donde hace un año se ejercita en liberarse de crisis e inquietudes, algunas de las cuales he ido transcribiendo a esa mi obra monacal de *El Robinsón Literario de España* (testimonio respetable, al menos, por su generosa abundancia).²⁶

²⁴ E. GIMÉNEZ CABALLERO: «Carta a un compañero de la Joven España», *La Gaceta Literaria*, 52, 15 de febrero de 1929, pp. 1 y 5.

²⁵ E. GIMÉNEZ CABALLERO: «Mi género», introducción a la edición de bibliófilo de *El Robinsón Literario de España*, Madrid, Ediciones de «La Gaceta Literaria», 1932.

²⁶ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, Madrid, Ediciones de «La Gaceta Literaria», 1932, p. 267.

La tentación política

El torso de Gecé queda seriamente mutilado si lo contemplamos sólo desde el ángulo del escritor y hurtamos su reverso: el de hombre de acción. Ya en su etapa de activista cultural de la vanguardia acabó por descubrirse como un «empresario o contratista de asuntos poéticos» o «un poeta metido a empresas».²⁷ Y desde esa autoconciencia se comprende mejor que, frustradas sus aspiraciones al liderazgo intelectual en el terreno del arte, intentase desplegar su influjo en la esfera de la política, primero como intérprete y teórico del fascismo y después entrando abiertamente en su juego.

Es entonces cuando acabará de perfilar su discurso ideológico, atemperando sus radicalismos iniciales y confiriendo a su nacionalismo una creciente «dimensión católica y proyección imperial».²⁸ El cambio es muy perceptible ya en *Genio de España* (1932). Escrito en tono de exaltación profética, es la invitación a un porvenir fascista apoyada en la reinterpretación de la trayectoria histórica española y con una óptica muy dependiente del fascismo de Mussolini, personaje por el que sintió veneración. Autoproclamado «nieta del 98», Giménez recoge el grito rebelde de esa generación y se ensaña con la *España invertebrada* de Ortega, su repudiado maestro, de quien salva en última instancia una «zona perspicaz», la susceptible de abrir horizontes al fascismo.²⁹ Después de tres siglos de fracasos y renunciadas –los «trece noventayochos» de España, desde la paz de Münster (1648) hasta el 14 de abril de 1931– la resurrección hispana es posible siguiendo la ruta marcada por su genio nacional. En ese sentido, la tradición auténtica de España se inscribe en el «genio cristiano y universo», representado en esa hora por el fascismo, como vía armonizadora de contrarios, frente a un «genio oriental» basado en el predominio de masas absolutas y la anulación de la libertad, localizado en Moscú, y un «genio occidental» dominado por el criticismo individualista, con sede espiritual en Ginebra. El referente legitimador ya no será la España de los Reyes católicos (ni los Comuneros los primeros fascistas, como había propuesto en la «Carta a un compañero») sino la época imperial de Carlos V y Felipe II. El fascismo deviene en una «nueva catolicidad» donde a España le corresponde ser otra vez el «brazo diestro» de Roma, como lo fuera en el momento cenital de su historia.³⁰ La utilización del término *catolicidad* es deliberadamente equívoca; lo precisará en *La Nueva Catolicidad* (1933) como sinónimo de *universalidad*. Así, el catolicismo, a base de transigencias y derrotas desde el fin de la Contrarreforma, de ser «una doctrina creadora, emprendedora, acogedora, interventora de la historia, había ido quedando reducida a una doctrina inmóvil, a la defensiva,

²⁷ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Trabalenguas sobre España*, Madrid, CIAP, 1931, p. 348.

²⁸ Ismael SAZ CAMPOS: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 117.

²⁹ GIMÉNEZ: *Genio*, pp. 69-114. Se trata de la segunda parte, titulada «Los huevos de la urraca (Notas a Ortega)».

³⁰ *Ibidem*, pp. 19-27, 229 ss.

transigente e intervenida».³¹ De hecho, Giménez Caballero irá confiriendo al fascismo los atributos de una nueva *religión política* en concordancia con las ideas seculares del siglo XX.³²

Aún hará una aportación excepcional a la estética fascista con *Arte y Estado* (1935), publicado originariamente en la revista *Acción Española*. El texto es una buena muestra de la «estetización de la política» a que conducía el fascismo según Walter Benjamin, pero más aún una afirmación extrema de la «politización del arte», disparada expresamente contra las tesis *deshumanizadoras* de Ortega. Tras un lúcido análisis de la situación artística en la crisis de la era liberal, Gecé concluye que el arte siempre es *reflejo* y *propaganda* del Estado, y el estadista compenetrado con el «genio» de su nación es un artista, pues no hay arte superior al de interpretar y *salvar* las querencias inconscientes de un pueblo, como el escultor modela la materia informe. «Lograr un Estado es un Arte. Y un arte supremo lograr aquel Estado que encarne el genio absoluto de un pueblo»; algo que en España se alcanzó un día en el siglo XVI para quedar plasmado en El Escorial: «Estado hecho piedra, jeroglífico, esfinge».³³

Un juicio apresurado de la trayectoria de Giménez Caballero nos presenta únicamente contradicciones y malabarismos. Las hubo, desde luego. Pero es posible encontrar un hilo conductor que dé alguna coherencia a sus variadas propuestas intelectuales y políticas. Cuando hizo pública profesión de fe de su nueva ideología en 1928-1929, actuaba en un medio que, si al principio indiferente –todavía se podía jugar con las paradojas–, no tardó en volverse abiertamente hostil. En un primer momento puso todo su ardor en la *nacionalización de la izquierda*, incitando a sus maestros y compañeros de letras (como después al presidente del gobierno republicano, Manuel Azaña)³⁴ a seguir una vía que estaba calando en una Europa atravesada por una profunda crisis. Tan ambicioso propósito no pudo presentarse en hora más inoportuna. La dictadura primorriverista agonizaba y en poco más de un año su caída acabaría arrastrando a la propia monarquía; la *intelligentsia* hispana basculaba en su inmensa mayoría hacia posiciones liberal-republicanas o socialistas y no estaba por dar el salto mortal que pedía el intrépido escritor. El fracaso, con todo, no fue absoluto; el mensaje prendería en algunos jóvenes intelectuales, entre los que destacó Ramiro Ledesma Ramos. El joven comentarista filosófico y científico de *La Gaceta Literaria* (y de la *Revista de Occidente*) es inexplicable sin Ortega, pero más aún sin Giménez Caballero, en cuya órbita completó un tramo de su formación y encontró el entorno acogedor y propicio donde expresar y compartir sus inquietudes, centradas en las implicaciones ideológicas de la ruptura estética de la vanguardia. Su primer gesto público fascista se produciría –y no es casual– en un banquete a Gecé en Pombo en enero de 1930. Asistido por

³¹ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *La Nueva Catolicidad. Teoría general sobre el Fascismo en Europa: en España*, Madrid, Ediciones de «La Gaceta Literaria», 1933, p. 108.

³² Douglas W. FOARD: *Ernesto Giménez Caballero (o la revolución del poeta)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1975, p. 203. Véase Emilio GENTILE: «El fascismo como religión política», en *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 219-245.

³³ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Arte y Estado* [1935], edición de Enrique Selva, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 262 y 253.

³⁴ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Manuel Azaña (Profecías españolas)*, Madrid, Ediciones de «La Gaceta Literaria», 1932.

algunos intelectuales y estudiantes de escaso relieve, inició la formación de núcleos desde los que empezará a desarrollarse en España un movimiento fascista autóctono: el grupo de La Conquista de Estado (editor del semanario homónimo), después las JONS... Giménez Caballero firmó el manifiesto y colaboró en los primeros números de la revista, pero no tardó en alejarse al comprobar su incapacidad para salir de la condición de grupúsculo.

Tampoco cumplió sus expectativas el proyecto falangista. Tuvo una participación muy activa en la iniciativa frustrada de *El Fascio*, que le sirvió de preámbulo, y se integró en Falange Española de las JONS cuando ambos grupos se unificaron. Pero con el modelo italiano como espejo, estimó que el liderazgo del fascismo español mal podía encarnarlo un aristócrata como José Antonio Primo de Rivera, incapaz de crear el campo magnético necesario para atraer a las masas y vertebrar un movimiento con aspiraciones efectivas a la conquista del poder. Le desagradaron también sus pretensiones de elegancia retórica, además de que su propia ubicación en el partido se viese obstaculizada tanto por sus actitudes inestables e improcedentes, como por la rivalidad de escritores como Sánchez Mazas o Eugenio Montes, cuyos alambicamientos estilísticos estaban mucho más cerca de las preferencias joseantonianas en ese entorno que ha dado en llamarse su «corte literaria»,³⁵ a la que, desde luego, no perteneció Gecé. Ridruejo contó al respecto una anécdota muy reveladora. En conversación con el jefe de Falange, el joven poeta hizo una mención incidental a *Genio de España*, cuya lectura le había fascinado. «Sí, está bien», le contestó Primo de Rivera, «pero, ¿no encuentras que todo parece allí demasiado simple? Por otra parte se percibe correr por el libro una vena presuntuosa de aparecer como un *Führer*, lo que es algo ridículo». «Yo –comenta Ridruejo– conocía entonces mal las intimidades del falangismo, pero tomé buena nota de que el antiguo vanguardista Giménez Caballero no estaba ya en los altares, si es que lo había estado alguna vez».³⁶

Todo lo anterior podría haberlo pasado por alto Gecé si José Antonio Primo de Rivera, en el contexto de la crisis del partido de 1934/1935, no hubiese aparecido a sus ojos como una rémora a la hora de reorientar el movimiento y sacarlo de su situación marginal. Algo que suponía mostrar la disponibilidad del partido hacia una política de alianzas con otras fuerzas derechistas, no afines, pero sí convergentes, dando así aliento a ese «campo de fuerzas» al que se ha referido Ferran Gallego, sin el que las aspiraciones de capturar el poder eran pura quimera.³⁷ En tales condiciones, cuando la crisis estalló, Giménez Caballero se apartó de Falange y, lejos de cualquier disciplina partidaria, optó por la búsqueda de un *influjo transversal en el conjunto de*

³⁵ Véase Mónica y Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003.

³⁶ Dionisio RIDRUEJO: *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 54.

³⁷ El sentido de la crisis falangista de 1934-1935 fue planteado hace tres décadas por Ismael SAZ CAMPOS en «Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español», *Revista de Estudios Políticos*, 50 (marzo-abril de 1986), pp. 179-211. Por su parte, Ferran GALLEGO ha desarrollado ampliamente esa crisis en dos destacados estudios: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005; y «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE: *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 253-447.

las derechas sin renunciar por ello a la significación fascista de sus planteamientos. Desde esa perspectiva puede cobrar sentido su disponibilidad a formas de convergencia táctica con aspectos del pensamiento y la mentalidad de la derecha radical, como el grupo de Acción Española (que le ofreció un banquete en febrero de 1935 por su éxito en las oposiciones a la cátedra del instituto Cardenal Cisneros), sus guiños a la derecha posibilista de Gil Robles y a las JAP, sus elogios a Calvo Sotelo, la creación del Partido Económico Patronal Español (el PEPE) y, finalmente, su presentación a las elecciones de febrero de 1936 por la candidatura contrarrevolucionaria madrileña... Aunque hubiese deseado un proceso distinto, no tardó en comprender que no quedaba otro camino que la aceptación del protagonismo militar apoyado por la ancha base de las derechas, tratando por todos los medios de evitar que la conspiración en curso terminara en un mero pronunciamiento militar. Eso lo vio con claridad meridiana el observador pragmático que se amagaba tras el arrebatado y fantasioso Gecé.

Dos notas resaltan en su discurso de los años republicanos: la voluntad de construir una primera síntesis cultural en consonancia con la visión del mundo fascista y la pretensión de desplazar el magisterio orteguiano sobre los sectores juveniles del país en beneficio propio. *Genio de España*, es en buena medida la respuesta a *España invertebrada*, como *La Nueva Catolicidad* aspira a contestar las concepciones europeístas del filósofo madrileño; *Arte y Estado* de *La deshumanización del arte*, y *Exaltación del matrimonio* de los *Estudios sobre el amor* orteguianos. En todos estos escritos sustituye la *meditación* (inspiradora de duda, reflexión y actitud analítica ante la realidad) por la *exaltación*, como género donde la irracionalidad del discurso ha de aceptarse acrítica y fanáticamente, con apelaciones a una movilización basada en el instinto y la fe. Poco importa a este respecto la evidente diferencia de profundidad teórica entre Ortega y Giménez Caballero, el valor sustantivo o la capacidad de permanencia de sus respectivas obras. El propósito de suplantar al maestro es indudable y los escritos de Gecé encontraron un eco nada desdeñable en los años de preguerra, sobre todo en sectores de la juventud llamados a tener una destacada intervención en la vida española.

Es cierto que la obra teórica de Giménez Caballero no resiste la comparación, en punto a rigor, con la de Ledesma Ramos, a quien González Cuevas califica muy justamente como «el máximo teórico del fascismo español».³⁸ Pero no debe perderse de vista que tanto en los importantes ensayos de Ledesma *¿Fascismo en España?* y *Discurso a las juventudes* (1935), como en los textos de José Antonio Primo de Rivera —que en buena medida parecen ejercicios de estilo—, estamos ante elaboraciones doctrinales políticas, incapaces por sí solas de configurar una cosmovisión abarcadora del conjunto de la realidad. Y ahí radica la importancia de la obra de Giménez Caballero durante el quinquenio republicano. Porque de la síntesis entre la Italia de Mussolini y su interpretación de la historia y la cultura españolas no extrajo un entramado de instituciones y consignas que poner en práctica (y cuando lo intentó, lo hizo con rigidez y hasta torpeza), sino los fundamentos vitales y la sensibilidad sobre los que se erigía la realidad política

³⁸ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: «Ledesma Ramos o el imposible fascismo español», introducción a Ramiro Ledesma Ramos: *Discurso a las juventudes de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p. 32.

del fascismo. Y consiguió transmitirlos con un formato expresivo propio, inconfundible. Además, sus textos desbordaron los estrechos cauces partidistas para poder ser asumidos también por los sectores en trance de *fascistización* que se armaban ideológicamente para cerrar violentamente la crisis abierta en la sociedad española como resultado de un proceso de modernización vivido como traumático.

La guerra civil y la Unificación

Las primeras noticias de la sublevación militar en Marruecos le llegaron al anochecer del 17 de julio cuando se encontraba en la sede de *Acción Española* en compañía de Ramiro de Maeztu, a quien sus correligionarios –implicados y concedores de los entresijos de la conspiración–, incomprensiblemente, habían dejado abandonado. Para el pensador vasco supondría la detención y la muerte. Para Giménez Caballero fue el inicio de una angustiosa búsqueda de refugio: en casas particulares, en un pabellón de la Embajada alemana, en el Instituto francés... *El Mono Azul*, órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, en su delatora sección «A paseo» –título incalificable– le dedicaba los más gruesos improperios.³⁹ Su vivienda fue objeto de registros y saqueos, de los que dio cuenta la prensa afecta al Frente Popular.⁴⁰ En tales circunstancias se perdió el rico archivo que atesoraba de los años de *La Gaceta Literaria*. Mediado el mes de octubre, valiéndose de unos amigos alsacianos, pudo escapar del Madrid revolucionario en una avioneta, teñido de rubio y con la identidad falsa de un tal *monsieur Bonafoux*, de profesión periodista. Aterrizado en suelo francés, partió en tren a Milán, y tras reencontrarse con su mujer y sus hijas y descansar unos días en Oggiono, se desplazó a Roma, donde sería recibido en audiencia por Mussolini.

A comienzos de noviembre de 1936 entraba en la España sublevada. Se presentó en Salamanca, sede del embrión administrativo del nuevo Estado. Las gestiones de Sangróniz le facilitaron una audiencia con el general Franco en el palacio cedido por el obispo donde tenía su sede el Cuartel General. «Creí encontrarme –escribirá en sus memorias– más que ante un militar a la española, con una figura legendaria y bíblica: *¡un rey David!* Breve de estatura pero con una cabeza entre el guerrero y el artista». De dar crédito a sus memorias, el general le habría hecho un elogio de *Genio de España* y planteado la posibilidad de volver a tomar la bandera internacional del catolicismo. Ante lo cual, Giménez Caballero, sin duda halagado, apostillaría que ese catolicismo en ningún caso debía ser el que «ha venido ondeando la C.E.D.A., las derechas autónomas y vaticanistas. Sino una fe más heroica y mística».⁴¹ Acaso sin saber muy bien qué hacer con el escritor, Franco tuvo la ocurrencia de ponerlo a las órdenes de otro personaje no menos histriónico, el general Millán Astray, para que le ayudase a organizar los rudimentarios servicios de prensa y propaganda del Cuartel General.

³⁹ «A paseo», *El Mono Azul*, 2 (3 de septiembre de 1936), p. 7.

⁴⁰ «Registros y detenciones» y «En torno al Círculo de la Unión Mercantil», publicados el 9 de septiembre de 1936, respectivamente, en *ABC* y *Fragua Social*.

⁴¹ GIMÉNEZ: *Memorias...*, p. 89.

Ya resulta significativo el hecho de que Gecé se integrase de buen grado en esos servicios tan precarios, instalados en el palacio de Anaya, y no en los mucho mejor dotados de Falange. A su instinto para olfatear el poder allí donde se encontrase venía a sumarse la circunstancia de su todavía no resuelto reingreso en el partido. Éste se consumó, según García Venero, por la mediación insistente de Francisco Bravo y «a través de jeremíacas manifestaciones de arrepentimiento». ⁴² Bien sabía que debía hacer frente a la actitud hostil de los falangistas de primera hora, renuentes a perdonarle sus públicas discrepancias con José Antonio Primo de Rivera, cuya figura ausente era ya objeto de mitificación; como recordó Ridruejo, «sus textos se habían convertido en sentencias sacras e indiscutibles y sus afectos y querencias —cuando eran conocidas— decidían el destino de las personas». ⁴³

La concesión del premio internacional San Remo sobre el fascismo por su obra *Roma risorta nel mondo*, que había presentado en vísperas del estallido de la sublevación, vino a sacarlo por unas semanas del incómodo ambiente salmantino. En enero de 1937 se desplazó para recoger el galardón a Roma, donde de nuevo fue recibido en audiencia por Mussolini. Aprovechó la estancia italiana para desenvolver una intensa campaña propagandística por toda la península.

A finales de marzo entraba en los planes unificadores de Franco, quien contaba ya con la proximidad de su cuñado Serrano Suñer como cerebro político. Ambos le pondrían al tanto —a espaldas del partido— de sus designios de unificar las dos principales fuerzas políticas actuantes en la zona nacionalista, falangistas y carlistas, en un organismo único, con evidente preponderancia del falangismo, y bajo la jefatura personal de Franco. Y le encargaban la redacción de un discurso que habría de pronunciar éste como preámbulo explicativo del decreto.

Cuando se desató la lucha entre facciones por el control de Falange, García Venero considera que Giménez Caballero ofreció su colaboración en potencia —aunque deseando guardar sigilo— al grupo conjurado contra Hedilla. Pero la afirmación no resiste la crítica histórica. Prueba de ello es que en la turbulenta última reunión del Consejo Nacional, la facción rebelde culpaba a Hedilla de convocar entre otros a Giménez, «traidor varias veces a Falange antes del 18 de Julio, detractor personal y encarnizado de José Antonio y contumaz traidor en la actualidad contra nuestra Organización, la cual desfigura constantemente». ⁴⁴ Muy al contrario, nuestro personaje actuaba en la órbita del Cuartel General, desde donde, según la afortunada expresión de Ridruejo, se preparaba un verdadero «golpe de Estado a la inversa»; una operación por la cual, al revés de lo ocurrido en Italia y Alemania, no era el partido el que se apoderaba del Estado, «sino el Estado —su jefe— el que se había apoderado de los partidos fundiéndolos para acomodarlos a sus propósitos». ⁴⁵

⁴² Maximiano GARCÍA VENERO: *Falange en la guerra de España: La unificación y Hedilla*, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 199 y 353.

⁴³ RIDRUEJO: *Casi unas memorias*, p. 157.

⁴⁴ GARCÍA VENERO: *Falange...*, p. 353. VICENTE de CADENAS y VICENT: *Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las J.O.N.S.*, Madrid, 1975, p. 94.

⁴⁵ RIDRUEJO: *Casi unas memorias*, p. 106.

Tanto en el discurso que leyó Franco al anochecer del 18 de abril de 1937 anunciando la Unificación, como en un largo escrito difundido días después en la prensa, Giménez Caballero trazaba las líneas de la evolución histórica hasta llegar al momento presente. Según el discurso, el Movimiento conducido por Franco –lejos de lo «inorgánico, fugaz [y] pasajero»– había atravesado tres fases. Una primera ideal o normativa, desde la Reconquista hasta los tiempos de plenitud alcanzados con los Reyes Católicos y el Imperio de Carlos V y Felipe II. La segunda etapa sería la histórica, representada por el carlismo como fuerza centenaria de oposición al liberalismo extranjerizante. Por último, la contemporánea, que arrancando de la dictadura de Primo de Rivera –momento puente entre los pronunciamientos decimonónicos y los movimientos fascistas– llegaba hasta Falange Española de las JONS con «la figura nacional de José Antonio Primo de Rivera» e influía «en otros grupos más o menos afines de católicos y de monárquicos».⁴⁶

La Falange anterior a la guerra, pues, no era sino *una etapa más* de esa evolución, culminada en las nuevas condiciones creadas por el conflicto bélico, que le permitían proyectar su irradiación ideológica y su capacidad movilizadora, alcanzando a los sectores fascistizados de la derecha, y todo ello bajo la égida del ejército. A la cabeza del nuevo organismo, «no ya un estudiante [Ledesma], no ya un joven jefe civil [José Antonio], sino el hombre con la categoría que hubiese tenido el José Antonio de “hoy”: con la categoría de “general”, de “Caudillo”. De adalid de una guerra universal que va a salvar al mundo». Ahora, sí: Falange superaba sus etapas de adolescencia y de juventud, se hacía hombre y conquistaba el Estado al encarnarse en la figura «viril y paterna» de Franco.⁴⁷

Al desmitificar en esos términos la historia falangista, Giménez Caballero demostraba haber comprendido mejor que otros camaradas la única posibilidad española de fascismo. Era el punto de llegada de un camino lleno de obstáculos transitado en los años republicanos; e incluso antes, si nos remontamos a su condición precursora. Por añadidura, la realidad impuesta tenía para él la ventaja de permitirle reiniciar su carrera política al amparo del poder absoluto del dictador. Sus servicios a la causa unificadora fueron recompensados con uno de los diez puestos de la Junta Política. Desde entonces, aduló sin tasa al nuevo jefe, llevando su estilo a límites inverosímiles, se convirtió en el propagandista incansable del nuevo falangismo tradicionalista, y pensó que la Unificación «podía ser, tenía que ser su gran momento político», como recordó Laín.⁴⁸

No tardaría mucho en salir de su engaño. Aún entraría en el I Consejo Nacional de FET y de las JONS, que juró en el monasterio de las Huelgas. Pero ahí se frenó su carrera y paulatinamente se fue alejando de los centros de poder, sin dejar de brujulear cuanto pudo, y viéndose obligado a hacer, de alguna manera, la guerra por su cuenta. Se estampilló de alférez provisio-

⁴⁶ El texto íntegro del borrador en SELVA: *Ernesto Giménez Caballero...*, pp. 294-298.

⁴⁷ E. GIMÉNEZ CABALLERO: «La conquista del Estado. La Falange se ha hecho hombre», *La Gaceta Regional*, Salamanca, 25 de abril de 1937. El texto se editaría posteriormente como folleto con el título *La Falange –hecha hombre– conquista el Estado*.

⁴⁸ Pedro LAÍN ENTRALGO: *Descargo de conciencia*, 2ª ed., Madrid, Alianza, 1989, p. 223.

nal y se dedicó a recorrer los frentes y arengar a las poblaciones «liberadas» a medida que el ejército nacionalista proseguía su imparable avance. Colaboró en toda la prensa nacionalista y en las dos revistas de mayor empaque publicadas en la zona franquista: *Jerarquía* y *Vértice*. Pensando en el cercano final de la contienda, fundó sin apoyo oficial y escribió casi en solitario el periódico de los frentes *Los combatientes*, del que sólo pudo sacar tres números. Y sabiéndose cada vez más postergado, al prologar en 1938 la tercera edición de *Genio de España*, no le quedó otro consuelo que jactarse de que en su libro podía encontrarse «en germen casi todo el *Material de guerra terminológica y conceptual de nuestro Movimiento*». «Hasta el punto –añadía– de haber sido considerado este libro –dentro y fuera de España– como la *justificación espiritual de nuestra Causa*».⁴⁹

Epílogo: el profeta preterido

Aquella «enrevesada mezcla de intelectual y hombre de acción», condición desde la que «se soñaba un profeta de los tiempos futuros, un capitán de las iluminadas huestes creadoras del porvenir» –como lo retrató José María Alfaro muchos años después, cuando la aventura había concluido⁵⁰– acabó por derivar en un francotirador rehuido por casi todos. A Giménez Caballero le habría de perseguir la sombra de la preterición. La historia de su larga supervivencia es también la de su continuo ofrecimiento, en todas las situaciones, seguida del lamento por su marginación: en la República, en el mismo franquismo, donde aspiró a ser ministro de propaganda («Yo os pido, fascistas de España, que seáis piadosos conmigo cuando triunfemos. ¡Dadme ese ministerio! Sólo os lo cambio por un sillón de Gran Inquisidor», había escrito en *Arte y Estado*)⁵¹ y no pasó de embajador en el Paraguay del general Stroessner.

Los años de la transición democrática le devolvieron una fugaz notoriedad, a la que no fue ajena la reedición de algunos de sus libros anteriores a 1936, la publicación en 1979 de sus *Memorias de un dictador* (tan personales como decepcionantes en otro sentido) y la reimpresión facsímil de *La Gaceta Literaria*. Creyó entonces llegada la hora de su rescate, pero en un tiempo en que tantos entonaron la palinodia, Giménez Caballero, Gecé, se mantuvo en sus trece e hizo –última pirueta– cuanto estuvo en su mano para impedirlo. «A mí –afirmaba en sus memorias– sigue sin intimidarme el haber sido fascista e intentado españolizar esa nueva salvación romana de nuestro genio».⁵²

Y en esas estaba, solitario otra vez, terne en su convencimiento en la fuerza de la palabra como creadora de realidad, alimentando la leyenda de su insólita aventura, cuando le alcanzó la muerte, casi nonagenario, esperando una reivindicación total que no llegaba, que no podía llegar.

⁴⁹ *Genio de España*, 3ª ed., Ediciones Jerarquía, 1938, p. 11.

⁵⁰ José María ALFARO: «Giménez Caballero, del vanguardismo al robinsonismo», *El País*, 9 de noviembre de 1980.

⁵¹ GIMÉNEZ: *Arte y Estado*, p. 163.

⁵² GIMÉNEZ: *Memorias...*, p. 68.